



DEFENSA
DE LOS ALDEANOS
DE LA
CUENCA DE PAMPLONA.

POR DON FRANCISCO LACAVE.

EN CONTESTACION

al párrafo altamente injurioso escrito contra ellos

POR EL SEÑOR

DON FLORENCIO SANZ Y BAEZA.



PAMPLONA.

IMPRESA Y LIBRERIA DE R. BESCANSÁ, MERCADERES N.º 25.

—
1858.



DE LOS ALDEANOS
DE LA
CUESTA DE PAMPLONA

POR DON FRANCISCO LACITE

EN CONTESTACION

al tratado altamente injurioso escrito contra ellos

por el Señor

DON FLORENCIO SANZ Y BAEZA



PAMPLONA

IMPRESA Y LIBRERIA DE D. M. M. MERCADERES N.º 25

1828

tiende en todas direcciones como dos leguas, por término medio. En estos puntos no se encuentran ninguno de aquellos sentimientos nobles que resalzan en los demás de la Provincia; son generalmente hablando egoístas y capciosos hasta del bienestar de sus parientes: desconocen lo que es caridad y pocas veces jamás dicen la verdad cuando conocen que el decir la verdad les ha de causar la pérdida de algo real, ó frustrarles la ocasión de recibirlo: tratan de

Sus habitantes, dice el Señor Sanz y Baeza hablando de la region *Septentrional* de Navarra, á escepcion de los llamados *Aldeanos* (servidor de Vd.) que viven en las cercanías de Pamplona, son de carácter pacífico, honradísimos, lentos para todo aunque muy aplicados al trabajo; sóbrios; amigos de no tener la cabeza descubierta ni aun en el interior de sus casas, y generalmente hablan el bascuence. (Bien por los montañeses: conozco sus bellas prendas; los he tratado y trato desde mi niñez; hablo su idioma y los aprecio muchísimo; sin embargo, si llega Vd. á tener alguna cuestion de interés con esos *arpelches* de carácter pacífico y lentos para todo, y en algún dia de fiesta sobre las ocho ó nueve de la noche, que es la hora mas segura de la sobriedad, le lanzan á Vd. un *arrayoa* fulminante, cuando se hallan un sí es no es inspirados por el espíritu paráclito de Mendigorria ó Artazu, especialmente el de este año, y empuñan como Hércules la *maquila*, ya puede Vd. encomendarse al ángel de la guarda, y apretar las tabas.)

Los *Aldeanos*, cuya indicacion dejo hecha para escepcionarlos de los restantes navarros de ambas rejiones, son los habitantes de un espacio, que se conoce con el nombre de *Cuesta de Pamplona*, y que desde la capital se es-



tiende en todas direcciones como dos leguas, por término medio. En estos hombres no se encuentra ninguno de aquellos sentimientos nobles que resaltan en los demás de la Provincia: son generalmente hablando egoistas, y envidiosos hasta del bienestar de sus parientes: desconocen lo que es caridad y buena fé: jamás dicen la verdad cuando conocen que el decirla les ha de causar la pérdida de medio real, ó frustrarles la ocasión de recibirlo: trabajan pero de mala gana: enemistados casi siempre entre si los de cada poblacion, se unen todos cuando se trata del interés de algun forastero: apenas hay personas que tratándolos de cerca no los mire con desconfianza y antipatia. Su conducta, sus sentimientos, sus inclinaciones les han creado en la Provincia una reputacion nada favorable, y apodos y comparaciones muy propias de su comportamiento.»

Tal es el ramillete de flores podridas que el Sr. Sanz y Baeza regala á los aldeanos de la *Cuenca* de Pamplona en agradecimiento de los ricos y hermosos corderos con que inundan la plaza de abajo en algunos sábados y otros dias para deleitar su mesa, si es que le gusta cordero, (lo cual apenas puedo creer,) al paladar fino y delicado de dicho Señor. La Providencia no ha querido que naciese aldeano de tal cuenca; (allá andaremos si se estira una legua mas la badana zurrada del término medio,) pero, tratando desde mi niñez con esa gente, y desposado con una aldeana nacida en ella, que por sus bellas prendas heredadas de su virtuosa madre, me hace feliz cual otra hacerme pudiera; y habiendo tenido hijos que han visto la luz en su gracioso cielo; viviendo, por otra parte, hace ya diez y seis años, no en un punto determinado, sino en varios de los valles

y cendeas que rodean la capital, es un deber de sentimiento y de justicia el que tome la pluma para vindicar el honor y carácter de los aldeanos de la cuenca ultrajados gratuita, atroz é injustamente por el escritor pamplonés. Ni mi lenguaje, ni mi estilo será tan fino, esmerado y culto como los de un Señor que ha respirado el aire de la corte; (aunque es de temer que en el ministerio de la Guerra se respire un aire mas duro y atufado que en los demas ministerios;) ya se sabe que los aldeanos tenemos la lengua mas torpe para esplicarnos, y la mano mas áspera y dura para escribir que los autores ciudadanos; en una palabra; usando de una espresion vascongada derivada, á mi parecer, de la hebrea *Zacar*, macho, si mal no la leo, somos mas *Zacarros*. Hecha esta salvedad, probaremos un ensayo. Hallándome á principios de este mes (Octubre) en cierta boda, me dijo un cura pamplonés, que el Señor D. Florencio Sanz en un párrafo de su Estadística nos ponía como un lino, ó como un trapo á los aldeanos de la *Cuenca de Pamplona*. Ygnoraba completamente la existencia del tal Señor y su Estadística; pero, al oír una calumnia tan audaz, se sublevó mi paciencia como tambien la de los demás circunstantes. ¿Podrá haber atrevimiento é impudencia, nos deciamos, casi sin poderlo creer, para que un paisano nuestro se arroje á estampar en la prensa semejante asepcion contra el testimonio contundente de la misma evidencia? No somos santos por cierto, pero el olor de santidad de dicho Sr. se hallará herméticamente cerrado dentro de los muros de la ciudad que no le dejan salir, porque, lo que es hasta nosotros, no ha llegado todavia. Asi hablábamos y trinábamos movidos de un justo resentimiento, y heridos por



los dardos envenenados del calumniador cesante del ministerio de la Guerra. A los pocos dias una persona conocida suya y allegada además me enseñó la estadística y el párrafo en cuestion. Esto no se dice ni de los negros, exclamó con indignacion, y decia la verdad. Si es Vd. navarro, ¿ cómo no ha sido Vd. mas franco, Sr. de Sanz? ¿ Por qué no ha dicho Vd. clara, esplicita y terminantemente que somos una canalla? En las primeras líneas de su contestacion al Sr. Maya aduce Vd. como prueba incontestable del éxito feliz y de la aprobacion general de su escrito las felicitaciones que en las calles recibiera de abogados, médicos, empleados de los tribunales y demás que coronaron con su voto y parecer la empresa que tanto le delicia y satisface. Doy por supuesto que tales enhorabuenas sean sinceras; y, menos por lo que respecta á nosotros aldeanos de tomo y lomo de la cuenca de Pamplona, yo tambien se la doy á Vd. muy sincera, cordial y cumplida. Pero ¿ no sabe Vd. que ha corrido tanto mundo, que en el día no se puede graduar ó medir el valor de una accion por los parabienes que por ella se reciben; ¿ No sabe Vd. que hay mucha farsa en ese punto? ¿ No sabe que la felicitacion es muchísimas veces una fórmula fria, una oficiosidad obligada y oficial, si así puede decirse, de la civilizacion en que vivimos, mal digo, en que viven Vds., pues los aldeanos de la cuenca no tenemos al parecer todavía la dicha de hallarnos civilizados? ¿ No sabe Vd. aquel proverbio que dice, manos besa el hombre que quisiera ver cortadas? ¿ Habria el célebre Proudhon dejado de recibir felicitaciones en las calles de Paris? ¿ Se hallaban todos identificados con Vd. en el objeto de

su escrito? Pero su escrito, además de un objeto capital y principal, tenia otro accesorio é incidental, innoble, bajo y de mala ley; cual es, el denigrar y difamar con todas sus fuerzas á los aldeanos de la cuenca de Pamplona. Señores abogados, médicos, empleados de los tribunales y otras personas de buen gusto; ¿ tendrán Vds. la perversa satisfaccion de identificarse, asociarse y ser cómplices del calumniador audaz de los honrados aldeanos que forman nuestra cuenca? « Mi escrito, dice contestando al Señor Maya, es dirigido al remedio de los males y defectos que habia señalado. » Mas los defectos morales, reales ó imaginarios ¿ dejarán de ser defectos á los ojos del Señor Sanz? creo que no. Hablando en el capítulo de los *camino vecinales* dice en general; « muy sensible me es el señalamiento de defectos. » ¿ Oh! sí: es mucha la sensibilidad de este buen Señor; y es tanta, que su celo le lleva, no solo hasta sentir el señalar los defectos reales, sino hasta sentir el no forjar los supuestos é imaginarios para consignarlos en sus escritos. ¿ Aldeanos de Pamplona! el cielo os ha enviado un profeta que os dice; « ya está la segur puesta á la raiz de los árboles; arrepentios; haced penitencia; porque sino vais á perecer sin remedio. » Y no solamente os habla á vosotros en particular y en secreto, llevado de un sentimiento esquisito y delicado de caridad cristiana, sino que lo predica al público en alta voz diciendo; « los aldeanos, cuya indicacion de jo hecha para escepcionarlos (¿ por qué no ha dicho Vd. con mas verdad estigmatizarlos?) de los restantes navarros de ambas regiones son los habitantes de un espacio que se conoce con el nombre de *cuenca de Pamplona*, y que des-



de la Capital se estiende en todas direcciones como dos leguas, por término medio. «¿Cómo no ha hecho Vd. el señalamiento de la distancia en kilómetros? ¿Pues no observa Vd. que hemos hecho ya ese adelanto? Esa es una piedad imperdonable. Hémos aquí puestos en estado excepcional por la pluma dictatorial del Señor Sanz y Baeza. ¿No sentís ya, amigos míos y compañeros de infortunio una señal quemante en vuestras frentes, que como á otro Cain nos distinguirá en adelante entre todos los navarros, y nos hará andar errantes, llenos de terror, sobresalto y angustia por donde quiera que nos llevare la mano inflexible de la Providencia divina? Pero ¿qué fratricidio tan horrendo hemos cometido, desdichados de nosotros? ¿Y por qué los habitantes de la Ciudad han de quedar esentos del anatema, mayormente habiendo entre ellos muchos aldeanos de la cuenca? ¿Qué milagro ó qué gracia divina sostiene incólumes, sanos y buenos á los dichosos pamploneses, como á los jóvenes hebreos en el horno de Babilonia? ¡Afortunados ciudadanos! ¿Cómo no habéis dispuesto cantar un Te Deum en accion de gracias al Todopoderoso por el especial y señalado favor que os dispensa su misericordia divina? ¿Seréis ingratos al cielo? No: levantaos; no imiteis, al ver el tremendo anatema que pesa sobre los aldeanos, su monstruosa ingratitud; y si, además del Te Deum, disponeis celebrar una misa solemne con sermón, la voz del orador sagrado hará resonar las bóvedas de vuestra catedral con estas halagüeñas y consoladoras palabras del salmista; «caerán á tu lado miles, y diez mil á tu derecha, pero no se acercarán á tí.» «Se estiende en todas direcciones, dice Vd. como dos leguas,

por término medio.» ¿Aun mas que dos leguas, Señor Don Florencio? ¿No basta que haya Vd. metido y comprendido en la red de la iniquidad las cendeas de Cizur y de Galar, el valle de Elorz, el de Aranguren, el de Egües, las villas de Huarte y Villava, algo del valle de Esterivar, todo el valle de Ezcabarte, las cendeas de Ansoain, Iza y Olza, y el valle de Echauri, sino que también quiere Vd. dar un poco mas de impulso á su vigoroso brazo, y estender los plomos pesados de su esparavel una legüita mas lejos todavía? Si el término medio es dos; ¿el extremo no será tres? Y entonces, pueblos que os hallais mas allá del radio de la *cuenca de Pamplona*, daos prisa á formar un cordón sanitario, ó tratad de atajar el incendio que por momentos amenaza devoraros. ¿No me creereis cuando os hablo el lenguaje de la prevision? Pues oid para vuestro gobierno y salvacion el oráculo del Sr. Sanz. «En estos hombres, dice, no se encuentra ninguno de aquellos sentimientos nobles que resaltan en los demás de la provincia.» ¿Por qué no ha dicho Vd. que son raza de víboras, hijos de Belial? ¿Por qué no ha nombrado Vd. esos nobles sentimientos que caracterizan y realzan á los demás habitantes de la provincia, para hacer siquiera resaltar mas el contraste y los colores sombríos del cuadro de los aldeanos? ¡Dichosas ciudades, villas y valles de nobles sentimientos! Ya la justicia, ni la guardia civil no tendrá que ocuparse y perder dias con los criminales; ya puede el gobierno prorogar por mas tiempo las vacaciones á los tribunales de esta provincia; felices también los párrocos de dichas poblaciones; porque el lobo infernal no se atreverá á acometer unos rebaños tan



buenos, tan mansos, tan pacíficos y tan bien custodiados: dichosos párrocos, repito, que no tendreis que trabajar y tronar desde el púlpito contra los vicios de vuestros feligreses, ni tendreis que madrugar mucho para pasar largas horas en el confesonario: no habrá juego; no habrá lujo; ya podrán tambien las casas de Beneficencia disminuir la cifra del presupuesto de gastos; porque ya no subirán en adelante tantos enfermos de la ribera, ni bajarán tantos angelitos de la montaña: ya tampoco veremos esa multitud de mendigos, algunos de ellos de caras bien siniestras, que con acento bronco y ruido imploran nuestra caridad, y, si la negamos, nos hundén á juramentos. No: nada de eso veremos en adelante; porque, siendo la montaña y la ribera el pais clásico de los nobles sentimientos; siendo, además, de un carácter pacífico, honradísimos, lentos para todo, y muy aplicados al trabajo, y tambien sóbrios, (si Señor; pero necesitan de vez en cuando la *ttanta bat*, -la gotica-, los hombres para vencer esa lentitud flemática para todo, que Vd. les supone, y yo no la veo tan clara; y las mugeres para quitar la *emasabela*, -histérico- y echar media docena de bailes de zorcico al son del tamboril, relinchar viva y alegremente, etc., etc.) no habrá que temer en ellos ni riñas, ni holgazanería, ni el pauperismo ni la vagancia. ¡Nobles montañeses y riberos! ¿Cómo no levantais una estatua, aunque sea de roble ó haya los unos, y de yeso los otros á vuestro admirador y entusiasta panegirista? «Son, dice, generalmente hablando, egoistas.» ¡Generalmente hablando! Ahi tienen Vds. el trapecio ó palo á que se agarra, y en que se cuelga y en que por fin se

sienta, y nos mira con desden, despues de unas cuantas evoluciones y piruetas que ha hecho, ya en el primero, ya en el segundo escrito, despues que se ha visto cabeza abajo, como los aeronautas Buislay y Bontemps en sus ascensiones. «¿En qué legislacion ó reglamento de Estadística ha visto el Sr. Maya, pregunta á este, que segun ellos se necesita probar aquellas costumbres, hechos, inclinaciones y demás, que forman en general el carácter de una nacion ó de una comarca? ¿En qué Geografía ó Estadística ha encontrado que los escritores hayan descendido á esos pormenores?» ¿Y por qué no alguna vez, Sr. mio, y mas estando de pormedio el interés de la verdad? Pues, ¿qué! ¿Basta que uno se nos presente ó plante como escritor de Geografía ó de Estadística para que tenga *ipso facto* un vill de infalibilidad, y derecho á que todo el mundo le crea sobre su palabra, hasta sus mismos contemporáneos y paisanos, aun cuando estan viendo por sus propios ojos que, lo que escribe y dice á sus mismas barbas sobre su pais, lo escribe con pasion ó miente con desvergüenza? ¿Hemos de pasar por todo lo que nos digan Vds. como si fueran un oráculo? Si la Estadística de Vd. tiene la dicha de llegar á la China ó al Japon, á la Patagonia, ó al pais de los hotentotes, enhorabuena le crean ó dejen de creer lo que dice acerca de estos diabólicos aldeanos. Pero, ¿querrá Vd. que nosotros tambien sus contemporáneos y paisanos le creamos á la trágala? ¿Querrá Vd. ponernos el gorro del silencio? *Nequaquam*. ¿Sabe Vd. lo que dice Balbí acerca de dos ciudades de Navarra? «Pamplona, dice, ciudad episcopal, triste y mal construida, pero importante por sus fortificaciones. etc. Tudela,



ciudad episcopal, bastante linda, importante por su industria y comercio, con un colegio en que se enseña la medicina, la cirugía y la farmacia, y otros establecimientos literarios;» ect. Dicha geografía es bastante moderna y posterior á la de Malte-Brun. ¿Que le diremos ó mejor diríamos á Balbí, si viviese, acerca de algunos puntos de su descripción de Pamplona y Tudela? Le diríamos que los hiciese pasar, si podía, á los tragabolas de su país. «Los juicios y apreciaciones, continua, que se emiten en sentido general, se apoyan en el concepto público que los distingue. ¿Y quien le ha hecho á Vd., buen Señor, órgano é intérprete del concepto público? ¿Serán los que abordándole en las calles le han colmado de felicitaciones? ¿Serán manifestación del concepto público, con respecto á nosotros, las chanzas graciosas y festivas, la crítica jovial que nos hacemos unos á otros aldeanos y pamploneses acerca de nuestras costumbres y método de vida? ¿Tan poco fondo tiene el concepto público? Pues lo que á nosotros nos dice el concepto público, la expresión franca, genuina, real, verdadera de los mismos pamploneses, de gente natural, honrada, sin estudio ni afectación en sus sentimientos, es, que no hemos de tener ni pundonor ni pizca de vergüenza, si no denunciarnos á Vd. á los tribunales demandando justicia y reparación por nuestro honor y buen nombre alta y atrozmente vulnerados por su pluma de gavilán. Algunos ayuntamientos han dado ya el poder competente al efecto, y es muy probable que lo haga toda la cuenca en masa. Prosigue mas abajo el escritor y dice, «lo sensible es (! Oh; eso si, Sr. D. Florencio, escusaba Vd. el decirlo, ya sabemos por su Estadística que tiene Vd. una fibra

muy sensible y delicada,) lo sensible es, continua, que aldeanos á quienes aprecio mucho (si es así, lo cual yo dudo mucho mas, será probablemente *propter retributionem.*) aldeanos en quienes nada se encuentra de lo que yo he dicho con respecto á la generalidad (¡ en qué purgatorio deberán vivir esos pobres!) se hayan considerado comprendidos en los defectos de esta: (dejarían de ser aldeanos;) la culpa de esto no es mia, (eso lo dirá el tribunal; gracioso sería que declarase que es nuestra,) pues si yo no supiera que estos forman escepcion de la regla (el Señor Sanz es hombre de escepciones: la cuenca es una escepcion de la *region setentrional*, y los favorecidos de su Señoría son una escepcion de toda la cuenca. ¿Porqué no les ha enviado Vd. una esquelita de escepcion en muestra de aprecio diciéndoles que eso no va con ellos, y que no comprometan su bolsillo en los gastos del proceso?) no habria puesto la cláusula citada, sino que dijera *todos son lo que he dicho*, (Ya morirá Vd. sin conocerlos bien á todos; si así hubiese sido, ya podían cantarnos los pamploneses, primero el *Requiem eternam*, despues el *Dies Irae*, para postre el *De profundis*, y por último Tirana.) Con ella á nadie he faltado: (¡ Ira de Dios;) he seguido el sistema de todos los escritores. (libelistas, de la ralea de Vd. si es que han escrito párrafos tan negros como el relativo á los aldeanos.) Pero ¿no nos dirá Vd., Señor D. Florencio, cuantos son esos venturosos aldeanos, esos justos que forman la escepcion de la regla general? Por que, si no llegan á diez estamos temiendo que el día menos pensado bajará fuego del cielo, y le va á suceder á esta cuenca maldita lo que á la cuenca nefanda de Sodoma y Go-



morra. ¡Balsas de Loza, Iza y Cordovilla! no estendáis los bordes de vuestro lecho: ¡tierras bajas y pantanosas! teneos firmes; no os hundáis; pues, si lo haceis, miserables de nosotros. El Arga estenderá sus ondas como un manto fúnebre sobre nuestras tierras y poblaciones, como el Jordán en la Judea, y habrá un nuevo mar muerto en la Provincia de Navarra. Y entonces, ¡qué espectáculo, á la par que instructivo, pintoresco se presentará á los ojos del viajero extranjero que venga á visitar esta comarca, al mirar y contemplar desde Sarvil, Churregui, Santa Cruz ó la Higa de Monreal la ciudad de Pamplona en pie, sana, entera, incólume, flotando, como el grupo de árboles en el fondo de la cascada de Niagara, con sus templos, teatro, cascas y jardines como un monumento eterno de santidad dejado á la admiracion de los siglos venideros! Vamos, Señor D. Florencio, sea Vd. franco. ¿No es verdad que, despues de habernos ensuciado con lodo, quiere Vd. ahora lavar-nos la cara con agua de rosas? ¿O creará Vd. que tene-mos el gusto singular de las mujeres rusas? He leído que á estas les gusta, ó gustaba por lo menos en siglos pasados, que sus maridos les peguen sendas palizas en prueba de amor, lo que ha dado lugar á aquel proverbio que tienen, «BIOU KAK CHOUBLOU. I LOUBLOU KAK DOUCHOU» » Te sacudo como á mi zamarra, y te amo como á mi co-razon.» Nos ha zurrado Vd. la badana á todo gusto; su pluma ha sido para nosotros lo que el *gato* para los ingleses; ¡Y ahora nos viene diciendo que nos ama tiernamente! Pero volvamos á tomar el hilo negro y podrido del trozo de su Es-tadística que se refiere á nosotros. «Egoistas» nos llama: es claro, si es cierto, como dice mas abajo, que desconocemos

lo que es caridad. ¿Por qué no nos ha llamado Vd. sal-vages? «Y envidiosos hasta del bienestar de sus parien-tes.» Tambien es consiguiente, y evitaba Vd. el gastar tanta parola. «Desconocen lo que es caridad y buena fé.» Aqui te quiero escopeta. ¿Cómo entiende Vd. la caridad? ¿cómo virtud teologal, ó como efecto ó manifestacion de la virtud? Si lo primero, es lo mismo que si dijera, no tienen Dios; porque «Dios es caridad, y el que vive en caridad, vive en Dios, y el fin de la ley es la caridad» segun San Pablo. ¡Miserables de nosotros! Ya no nos queda mas que una ley, y esta la echamos tambien por la mañana. «La caridad es benigna» dice el mismo após-tol. ¡Oh! cuan grande debe ser la caridad de este gran-de hombre, segun la benignidad y dulzura con que nos trata á los aldeanos de la *cuenca de Pamplona!* ¡Pamplo-neses! ¡Observad, recoged y archivad sin dejar rípió las acciones y rasgos heróicos de caridad y virtud de vuestro esclarecido paisano; porque dia llegará quizá en que vues-tra iglesia tendrá la inestimable satisfaccion y felicidad de rezar con oficio propio acerca del bienaventurado y glo-rioso San Florencio Sanz y Baeza, y tendreis acaso con tan fausto motivo gigantes, gaitas, tamboriles, piezas nue-vas en el teatro, y por tres dias torada. Y no es broma, amigos míos; porque este eminente varon tiene ya en vi-da tres de los cuatro dotes de los cuerpos gloriosos: cla-ridad, y no una, sino de varias especies; porque una es-trella se diferencia de otra muchísimo en claridad; la que ha despedido sobre nosotros es como la brillantez del plu-maje del cuervo, ó como aquel lustre ó brillo triste y me-lancólico como de barniz que se observa en el hollin de



ciertas chimeneas. Agilidad mas que Ratel, pues es un gusto verle saltar de la generalidad á la escepcion, de la escepcion á la generalidad, y luego, si quiere, vuelta otra vez de la generalidad á la escepcion, como suelen saltar los monos de balcon en balcon. Sutileza mas que el flúido eléctrico, por eso es admirable la facilidad que tiene para escribir en todos sentidos. De lo que no tiene miaja es de impasibilidad; sino fuera por esa falta, de seguro la Iglesia le proclama santo en vida. Se conoce que, apenas vió la *Ojeada* del Sr. Maya, se puso como un basilisco. ¿A qué sino esos denuestos, esas calificaciones de papelucho, de Mesías, monstruo, y la careajada estrepitosa, y... me meteré en esas pobrezas? Dios no quiera. En escribir la forma grave debe ser la primera: si se adopta el estilo irónico y festivo tiene derecho su adversio, como es claro, á contestar en el mismo, atacando el escrito únicamente sin meterse en el sagrado de la vida privada; pero, cuando en la discusion se ve que se rebaja á un hombre hasta compararlo á un ratoncito en un salon deslineando sillas, parece que se está oyendo á un niño recitando fábulitas en la calle. Volvamos á la canalla de los aldeanos. Si ha tomado Vd. la caridad como efecto ó manifestacion de la virtud, se infiere que, en cuanto á compasion tenemos entrañas de perro, sin que seamos capaces de dar ni prestar á nadie nada. ¿Absolutamente nada? ¿Ni siquiera dar ó prestar alguna cantidad de aquellas raices redondas de que tanto consumo se hace en la mísera Galicia? Y, sin embargo, ¿con cuánta limosna le parece á Vd. que contribuyó, hace como tres años, para el hospital general de Pamplona, una villa de la Ribera

de 2730 almas? Con ocho pesetas. ¿Y un pueblo de esta Cendea? Pasan de veinte robos de trigo cada año; y el año anterior llegaron á veintiseis. Ya me hágo cargo de que en la Ribera tienen sus hospitales particulares á que atender; no obstante, si se considera el carácter de general que tiene el hospital de la Capital, choca y salta á la vista la desproporecion de la cuota de contribucion respectiva. Me consta por buen conducto, que el administrador del hospital de Pamplona se dejó decir hará como dos ó tres años, que el gasto del establecimiento se sostiene casi esclusivamente con la limosna de la Capital y su cuenca. ¿Querrá Vd. que, si hacemos caridad, vayamos á pregonarla por las esquinas á estilo de los fariseos? Si desconocemos, pues, la caridad, ¿quien tendrá la culpa de ello? ¿La tendrán los curas que no la predicán? ¿Sacerdotes del Señor! Si vuestra voz ordinaria es impotente para mover esos corazones de hierro, ¿por qué no procuráis con mas frecuencia la voz extraordinaria de vuestros misioneros á esa casta maldita, á esa raza de viboras, á esos hijos de Belial? ¿Cómo no aprovecha V. Sr. de Sanz, esta coyuntura en que habla V. de nuestra falta de caridad, para arrojar con galanteria y finura un ramillete de alabanzas al clero francés? ¿No sabe V. que á la ocasion la pintan calva? En cuanto á la buena fé que, dice, desconocemos, que declaren y atestigüen los comerciantes, industriales, feriantes y demás que han tenido y tienen relaciones con nosotros. ¡Ah! Si me fuera permitido entrar ahora en terreno vedado.... Solamente diré que, si hubiese un contraste nombrado para examinar la buena fé de ciertos hombres, amenudo tendria que afilar la tijer-



ra, y pasársela por medio. «Jamás dicen la verdad, prosigue el Sr. Sanz, cuando conocen que el decirles ha de causar la pérdida de medio real, ó frustrarles la ocasion de recibirlo.» ¿Por qué no ha dicho Vd. mas brevemente, son hijos de Judas, y peores que su padre? Y es claro; porque si Judas vendió á su maestro por treinta dineros, y nosotros estamos dispuestos á faltar á ella por medio real, y quien dice á faltar á la verdad, dice á cometer una traicion, un perjurio, y cualquiera otra iniquidad abominable, resulta que somos dos veces, eche Vd. tres si quiere, mas malos que el Iscariote. Una cosa le ha faltado al Sr. Sanz decir en este pasaje, á saber, lo que dijo el Salvador de su discipulo traidor: «mas les valdría no haber nacido,» pues han de morir ahorcados. En otra cosa, además, se conoce que somos mas traidores, bajos y peores que Judas; en el precio de la traicion. Nuestra moneda es de cobre, y el precio de la traicion de Judas era de plata. Además, ¿no entregó este traidor al que se decía y era la misma verdad? ¿Y no sabe Vd. Sr. de Sanz, que el faltar á la verdad es robarle á Dios la hija? Apuraba cierto juez á un asesino, por lo visto otro Judas, para que confesase la verdad diciéndole, «vamos, diga Vd. la verdad; mire Vd. que la verdad es hija de Dios.» ¿Conque sí? contestó el reo recalcitrante. ¿La verdad es hija de Dios, como Vd. dice, Sr. juez? Pues de esta hecha Dios se queda sin hija. ¿En que Liorna nos ha metido Vd. Señor Don Florencio? Bien que todo eso tiene remedio, pues estoy seguro de que, apenas el gobierno que debe, no solamente castigar ejemplarmente, sino tambien como previsor prevenir y precaver los males, lea este pasaje de la Estadística del Señor

Sanz y Baeza, se dará prisa inmediatamente á mandar orden por el telégrafo al Señor Gobernador civil, para que mande recojer, bajo pena de multa, todos los medios reales que circulan en la *Cuenca de Pamplona*, á fin de que no sean cómplices y reos de sangre en tan sacrilego atentado. «Trabajan, dice Vd. pero de mala gana.» Algo mas fácil es, á la verdad, Señor Don Florencio, el dar una vuelta en blanda y rica cama por la madrugada, y mucho mas agradable, que el volver los terrones con las layas en el término de los Cizures, y arrancar á mano los *goldarrones* sobre la marcha del trabajo, al mismo tiempo que las morenitas, graciosas y madrugadoras aldeanas de la Cuenca hacen resonar las calles de la capital con voz clara y penetrante, brindando á Vds. por la mañana, que es la infancia del dia, con el alimento de la infancia, gritando; ¿leche??? ¿Por qué no se brinda Vd. á las honradísimas familias de Erro, Andrés, Roncal, Ordenacoa y Nagonecua de ambos Cizures, ó á otras cualesquiera de esta cendea, á ir de peon para una semana en la temporada de la laya, y á darles al mismo tiempo lecciones de agricultura? ¿Con qué de buena gana y placer mirarian como se le cimbreaban y sobaban á Vd. los riñones esos mismos que Vd. dice que trabajan de mala gana! El que de mala gana trabaja, trabaja poco y mal. Pues si trabajan de mala gana; ¿cómo es que, escepto en años muy lluviosos, se cojen cosechas regulares y aun muy buenas, como la de este año, y grano de buena calidad? ¿Cómo es que el grano de tierra de Pamplona alcanza el mayor precio en la plaza? ¿Cómo le llevan para sembrar á la ribera y á la montaña? ¿Cómo es que en la esposicion agrícola de Madrid se hizo el año pa-

sado mencion honórfica del trigo del Señor Arlegui de Arlegui? ¡Ah Señor Don Florencio! Desde la caída de nuestros primeros padres la tierra es para el hombre mas bien que madre dulce y cariñosa, una madrastra tirana, dura, é imperiosa. Se necesita pedirla mucho para que nos dé algo siquiera. «Trabajan de mala gana, dice de nuestros labradores, y por consiguiente poco y mal; y aun quiere que trabajen menos, (bien que esta contradiccion es aparente,) disminuyendo el número de robadas de tierras; pero es para que vayan á enfangarse en las balsas de Loza y de Cordovilla. ¿Y cuando se necesitan sanguijuelas, Señor mio? Ya les traerán á Vds. de Hungria los franceses, nos dirá, que en ese ramo de comercio ganan anualmente muchos millones. «Enemistados entre sí, continua, los de cada poblacion» ¿Y en donde no hay enemistades, discordias y desavenencias sensibles y desagradables (y ahora una mas entre Vd. y nosotros,) desde la enemistad y envidia de Cain á su hermano Abel en la familia de nuestros primeros padres? Eche Vd. una mirada por las altas regiones así en España como en el estrangero, y verá desavenencias y discordias, (no me meto en las causas) en las familias reales; discordias en los gobiernos, conflictos y piques en las corporaciones; en fin, bajo ese punto de vista, puede decirse, que el que vé su patria, casa y parentela vé todo el mundo. Ya que es Vd. tan buen cristiano, y de los buenos cristianos dijo San Pablo «somos mas fuertes que los demonios» podria Vd. prestarnos un favor de incalculable valor; á saber, arrimarse poquito á poco y de medio lado al diablo, como hacen los Sangüesinos con el novillo condenado á muerte, agarrarlo

de los cuernos, sujetarlo y serrárselos ó embolarlos; ese seria el medio por el que dejase de meterlos tan amenudo en esta Cuenca y de endiablarnos; con eso seriamos mejores en adelante. O sino, ¿no sabe Vd. si hay en Francia, tan adelantada como se halla en todo, algun cloroformo de nueva invencion, mas puro y espiritual que el ordinario, para traerlo, cueste lo que cueste, y aplicárselo á las narices? Si nos presta Vd. tan relevante servicio, pobres como somos, haremos un grande esfuerzo, *un tour de force*, como dicen los franceses, para levantarle á Vd. una estatua de oro, y no de baja calidad; porque, atravesando el istmo de Suez y el mar rojo, por ser camino mas corto, iremos á buscarlo y traerlo á Sofala, el Ofir de Salomon. «Se unen todos, dice, cuando se trata del interés de algun forastero.» ¿Y por qué no, si el forastero no tiene razon y la tienen ellos? ¿Por qué no, si el forastero es uno de aquellos hombres que con palabrerías y argucias tratan de envolverlos? Si no estuvieran bien escamados y escarmentados de las intenciones aviesas de algunos sujetos, de algunos pájaros de uñas afiladas, no se unirían de tal modo. Pregunta Vd. al Sr. Maya, á ver si cree que los aldeanos de la Cuenca son sencillos. Yo le contestaré, que entre sí, generalmente hablando, como palomas; pero entre gentes que sospechan ser de carácter insidioso, procuran ser prudentes como serpientes, como aconseja Jesucristo. «Apenas hay personas, continua Vd. diciendo, que tratándolos de cerca ó que tenga asuntos con ellos, que no los mire con desconfianza y antipatia.» Como á los gitanos; ¿no es así? ¡Autoridades de Pamplona! ¿Por qué no estableceis cuatro lazaretos hácia los cuatro puntos



cardinales de la ciudad para tratar de lejos con estos apestados? Por lo demás esta conclusion era forzosa, y venia de rechita de lo dicho como una bala de cañon. ¿Quien ha de mirar con buenos ojos, confianza y benevolencia á semejante canalla? «Su conducta, sus sentimientos, sus inclinaciones, dice por final, les han creado en la Provincia una reputacion nada favorable, y apodos y comparaciones muy propias de su comportamiento.» Qué apodos son esos? Yo no he oido mas que uno antiguo que les dan los montañeses, y es el de *coco*. ¿Y sabe Vd. por qué les dan ese apodo? Para distinguirlos de si mismos; porque los aldeanos llevaban montera y ellos boina. ¡Vean Vds. que apodo tan afrentoso! ¡Como si no hubiera en las demás provincias, pueblos y naciones tales apodos por las mismas ó semejantes causas! Y gracias que no se estila, y ha desaparecido casi por completo la tal caperuzas; porque sino de seguro nos llamarian en adelante *diablos con montera*. ¿No hay más Señor detractor? ¿No corre todavía alguna gotita de hiel de esa pluma virulenta? ¿No? Pues, Sr. Don Florencio, muchas gracias. Sí; vá de veras, muchísimas gracias. No es chanza, damos á Vd. remuchísimas gracias. Pues, ¿por qué? me preguntarán. En tiempo de la última guerra le dieron (no diré quienes) algunos palos á cierto anciano en una cochera de Erice, haciéndole recostarse sobre una caja; y, concluido el castigo, (ignoro la culpa) levantándose el pobrecito, y juntando las palmas de las manos como los niños, les dijo conmovido; Señores, muchas gracias. Soltaron la carcajada los circunstantes; pero el infeliz tenia razon; dábales las gracias, por que lo dejaron vivo. ¿Y no le daremos nosotros las gracias con crecido

interés á nuestro bienhechor, por que nos hace la gracia de dejarnos vivos? Si, démosle infinitas y espresivas gracias, y démoslas tambien al cielo exclamando en un transporte de gratitud con un profeta; «*misericordie domini quia non sumus consumpti. quia non defecerunt in nobis miserationes ejus.*» «Gracias á la misericordia del Señor, si no hemos sido esterminados, porque no nos han faltado sus conmisericordias.» Pero, ¿les parece á Vds. que concluye aquí nuestra historia? Pues no Señor; nos falta lo mejor de ella; que es echar una ojeada sobre su fondo, y ver y apreciar con conciencia el espíritu que la caracteriza. ¿No han reparado Vds. que el cuadro que traza de nuestro carácter y demás, es muy parecido al que describe el apóstol en su segunda carta á Timoteo, hablando acerca del carácter y costumbres de los hombres perversos de los últimos tiempos? «Mas, has de saber le dice, que en los últimos dias vendrán tiempos peligrosos: porque habrá hombres amadores de si mismos, (ahora decimos egoistas) codiciosos, (que por medio real jamás dirán la verdad, ó mentirán muy serenos por adquirirlo,) altivos, soberbios, blasfemos, desobedientes á sus padres, ingratos, malvados, (es decir, sin ningun sentimiento noble,) sin afeccion (caridad ni buena fé,) sin paz, (enemistados casi siempre entre si los de cada poblacion,) calumniadores, (escepto los escritores de estadística,) incontinentes, (como los de Sodoma y Gomorra,) crueles, (hasta hacer una horrible matanza al año de 150,000 cabritos y corderos; y los de la Cuenca de Pamplona los primeros,) sin benignidad, (uniéndose todos cuando se trata del interés de algun forastero para jorobarlo,) traidores, (dos veces, por lo me-



nos, mas que Judas.) protervos, (el griego dice *temerarios*, *precipitados*, principalmente los aldeanos, hasta el punto de hacer *bazarres*, y formar *meetings* para hacer procesar sin mas ni mas al inocente escritor de la Estadística de Navarra,) orgullosos, (por supuesto; el orgullo es la causa y raiz de todos los males,) y amadores de placeres mas que de Dios; (todo tripa, por arriba y por abajo; ¿si les tocará tambien algo de esto á los triposos de Pamplona, Sr. Don Florencio?) teniendo apariencia de verdad, pero negando la virtud de ella; (estos son los mas malos; y siendo los *cocos el non plus ultra* de maldad, por fuerza tienen que ser hipócritas,) huye tambien de estos tales.» (mirándolos con desconfianza y antipatia, como, por ejemplo, de los *coco-diablos* de la *Cuenca* de Pamplona.) En vista de esto me ocurre un pensamiento. Si el Sr. Sanz está persuadido de que no ha llegado todavía el tirano universal, ¿habrá sospechado, quizá por aquella especie de instinto profético tan peculiar en los génios sublimes, de que ha principiado ya el periodo de los últimos tiempos, y que el hombre de pecado, hijo de la perdicion, en una palabra, el Anticristo, deberá salir de entre los aldeanos perdidos y rematados de esta maldita y nefanda *Cuenca*? ¿Ve Vd. á donde hemos venido á parar, Sr. Don Florencio? Pero en fin, dígame Vd. francamente como navarro; ¿en qué arroyos ó acequias ha podido Vd. recoger tanto tarquin para hacer á nuestro honor semejante tarquinada? Todo el mundo se pregunta; ¿qué mal le hemos hecho á ese hombre, ó qué fin se ha propuesto al escribir contra nosotros ese párrafo tan falso, feo, negro y nauseabundo? ¿Si acertarémos, por fin, á levantar una punta del velo

que cubre ese misterio? ¿Si despejaremos esa incógnita? Se sabe de público que el tal escritor y propietario ha tenido muchas y continuas cuestiones, altercados, peloterías y riñas con sus inquilinos ó caseros, y acaso las habrá tenido tambien con algun Ayuntamiento por contribuciones en la cendea de Ansoain; *Inde ira* contra toda la *Cuenca* de Pamplona en masa, sin el generalmente hablando, escepcion vaga y general que sirve para acrecentar la injuria; escepcion que es un grito espontáneo, que se le ha escapado á su conciencia á impulso de la verdad y de la justicia contra su dañada voluntad, como protestando contra la traicion y violencia que se halla sufriendo sin motivo formal que la justifique?

Y ahora nosotros aldeanos *zacarros* de esta *zacarra* *Cuenca*, ¿qué le regalaremos á ese Señor por sus favores y finezas? Vds. picados de honor, pueden regalarle si quieren alguno de esos hermosos corderos, de Mina de Gárolaz, por ejemplo, con que en breve inaugurarán la temporada, y los engordarán con dos madres para enviarlos para Navidad á la Corte de Madrid. Mas no me acordaba que ese buen Señor, tan tierno y sensible, se horripila de la *horrible matanza* de los corderos y cabritos; y, por consiguiente, es de temer que en lugar de complacerle, le desagraden, como si presentasen á un judío un lechoncillo ó *gorrin*. Y á propósito de judíos; si el Sr. Sanz hubiese vivido en tiempo de Antioco Epifanes, ese seleúcida tan tierno y sensible, Judas macabeo hubiera tenido que haber-selas con un enemigo demás, terrible á la par que inexorable; pues seguro de que se horrorizaría de la *horrible matanza*, mucho mayor que la de Navarra, que los judíos ha-



cian de miles y miles de corderos y cabritos para celebrar la Pascua en el templo de Jerusalem, le hubiera nombrado desde luego el rey de Siria generalísimo de su ejército. Me parece lo mas acertado, que manden Vds. traer un par de conejos de Francia y enviárselos vivitos á su casa; y para que no se estropeen mucho en el camino, pueden Vds. ponerles en el fondo de la cesta ese parrafito de la Estadística escrito contra nosotros, hagan lo que hagan sobre él. En cuanto á mí, tengo un cabrito muy vivo, una cordera y un corderito; pero no son para regalar á nadie; porque semejante regalo nadie recibe de buena gana. Ya que estoy escribiendo me ocurre hacerle algun regalo literario; es decir, de letra ó cifra. ¿Pero cual entre tantas? Para quitar la duda echemos suerte; mano, pues, al cántaro. Primera, *hache*; mala suerte; es letra que no le gusta por dos razones; la una, porque dicen que es nada; y nada es desayuno demasiado fresco, mas aun que el vaso de agua que acabo de beber despues de despachar la morena por la mañana; la otra, porque tiene figura de laya, y parece que Don Florencio tiene profunda ojeriza á la gente que empuña y maneja el bidente; por eso sin duda la quita de las voces y verbos que la han llevado hasta ahora, siquiera fuese para evitar la confusion entre ellas, como en *haya*, árbol, y *aya*, niñera; y como letra muy negra, pues no hay cosa mas negra que la nada, la mete en las *rahices* (*sic*) del carbon de piedra de las minas de Tafalla, Falces y Miranda que han hecho *fiasco*. Vuelta, pues, al cántaro. Jota; mediana suerte; bien quisiera yo hacerle este regalito, pero tambien le repugna, aunque no sea mas que por lo mucho y mal que suena por esas calles,

café y plazas; (y eso que los aldeanos de la Cuenca son los que menos la emplean,) y el Sr. Sanz tiene el oido muy culto, tierno y sensible. A la tercera va la vencida; vuelta á la suerte. O: gracias á Dios; esta si que le conviene; porque además de letra es cifra; es vocal y es cero: y como dice que es un cero á la izquierda en literatura, si Vds. le regalan un par de conejos y yo un cero, en la próxima Pascua tendrá dos conejos á la derecha y dos ceros á la izquierda.

Hablemos ahora en otro tono. Ni tengo el honor de conocer á Vd., ni Vd. tampoco me conoce á mí; por consiguiente todo el mundo debe persuadirse de que si he tomado la pluma, no ha sido por resentimiento alguno personal que pudiera haber entrambos, sino por amor á la justicia y á la verdad. La Estadística contiene cosas buenas y dignas de atencion; el objeto é intencion (escepto para los aldeanos de esta Cuenca) es plausible; vea Vd, que, aunque maltratados, le hacemos justicia; pero tambien contiene errores graves. Además de ese volcan de cieno cuya vista me estremece, porque desde el negro crater de la *escepcion* se ve correr por la escabrosa vertiente de su pluma la inmunda lava del egoismo, la falta de caridad y buena fé, de veracidad, de laboriosidad, el espíritu de parcialidad, hasta los apodos y comparaciones nada favorables; estenderse y rebalsarse despues por un delicioso espacio de dos leguas á la redonda, sepultando bajo su asquerosa masa el honor de mas de doce mil almas, y propagar una legua mas lejos todavia la hediondez de su olor nada saludable á la reputacion; además de eso, digo, oigo llegar á mis oidos un ruido continuo y cada vez



mas fuerte de descargas de faltas que se dirigen sobre muchos puntos de la parte de la obra fortificada con cifras. Quizá otra vez se le presente á Vd. ocasion de corregirlas, hecho el ferrocarril, y otros caminos en una segunda edicion. ¿Qué cosa sale perfecta por primera vez de las manos del hombre? Espero tambien que para entonces, despues de tantos adelantos, nos habremos hecho mejores los aldeanos de esta Cuenca. Conocemos y confesamos que en muchos ramos estamos todavia atrasados. Pero, ¿merecemos por eso ese desden y desprecio universal que lanza Vd. sobre nosotros? Rotos y mal parados, ignorantes, y atrasados como nos encontramos, todavia nos queremos y apreciamos. Hasta lo roto se busca, aprecia y cambia en este mundo. El trapero de Nepal solia gritar por las calles: *Saleros, unos por otros; yo los doy enteros y á mi me dan rotos.* ¿Cree Vd. acaso que los pueblos y naciones deben andar en la carrera de las mejoras y de la civilizacion tan aprisa como se corre en un galop, ó se baila en un jaleo? ¿Quiere Vd. enmendar la plana á la Providencia, que á cada pueblo le hace sonar su hora, tanto de ensalzamiento, como de postracion? ¿Todo lo hemos de tener bueno, todo completo, todo acabado, todo entero de un golpe? Si nosotros lo hacemos todo, ¿nuestros hijos qué han de hacer? ¿Perderse en la ociosidad sin gloria alguna? Tenga Vd. paciencia, Señor mio, como la tenemos, aunque algo sublevada, con Vd. ¿No teme Vd. que nos reventemos si andamos demasiado aprisa? Algo se hace, algo se ensaya tambien por esta tierra. Se coje aceite en casa de Garchorena de Ilzarbe; hay olivos en el valle de Echauri; los hay en Aoiz;

en Monreal un grupo bonito como haciendo burla ó desafiando los rigores de la Hija. He visto árboles muy viejos de moreras con bastante follaje, y creo que deberiamos plantarlos y hacer algun ensayo para laneria del gusano de seda, como se le cria ya, coje y vende seda en la villa de Peralta. He visto este año algunas plantas de sorgho: hasta la planta del algodón se ha ensayado en esta cendea por el Sr. D. Pedro Gorriz; tengo ante mis ojos un fruto de dicha planta del tamaño de una nuez con la borra ó tomento bien formado; éste es el primer año que se le ensaya. Se lamenta Vd. de que el jaspe y mármol se emplee en usos ordinarios como en ventanas y portaladas de las casas: así sucede, es verdad, en Aizcorbe ó Izurdiaga. Pero, ¿le parece á Vd. que los canteros que las construyeron sabian siquiera, hasta pocos años há, el nombre de jaspe, mármol, alabastro, ni calabazas? Y si conocen que es la piedra mas dura, abundante, y que mas á mano tienen; ¿por qué no han de emplearla en sus edificios? ¿han de ir lejos con sus carros y bueyes en busca de otra? ¿Le parece á Vd. por otra parte, que no se considerán los pobres de ellos tan dignos de tener el jaspe y el mármol en sus ventanas y portaladas, como el sastre Utrilla que le tiene (si mal no me acuerdo es él) en la parte baja de la fachada de su casa en Madrid?

Vámonos á la parte moral que es donde ha hecho Vd. su zafarrancho. En todas tierras cuecen habas, dice el refran, y en la mia á calderadas. Si Señor. En todos tiempos ha habido, hay y habrá hombres buenos y malos: en cuanto á la proporcion, Dios y sus ministros, el diablo (no olvidar el favor que le pedimos,) y los suyos lo sabrán mejor que nadie. Mas, ¿por qué causa misteriosa ha de ser



en esta desgraciada Cuenca el bien la escepcion, y el mal la regla general? Yo no encuentro otra si no es la de que, segun las apariencias, deberá ser la patria y cuna del Anticristo. Y, sin embargo, se frecuentan en ella los Sacramentos; se asiste, consuela y socorre á los enfermos hasta con carne y dinero del fondo del pueblo en alguno de ellos. En los dias terribles del cólera, mi querido amigo José María Fernandez asistió en Astrain con entera abnegacion, desinterés y valor, tanto de dia como de noche, á cuantos enfermos pudo prestar su auxilio. Doña Martina Galar, hija de Don Celedonio de Cizur menor, habiendo asistido y socorrido en Sagües desde un principio á cuantos enfermos pudo, á pesar de la delicadeza de su complexion, con el mismo celo y bondad que las hijas de San Vicente de Paul, contrajo al fin la enfermedad, y murió llorada y santida de todos, víctima de su caridad. ¿Son estos sentimientos bajos ó nobles, Señor mio? ¿Y cuantos rasgos como estos se podrian citar en toda la Cuenca? Aquí no hay prostitucion si no sale de la ciudad; la cual se conoce á tiro de ballesta en la falta de color, frescura y brillo de las mariposas alicortadas que van acompañadas de punto en punto por las parejas de la benemérita guardia civil.

Raro será el pueblo, y quizá ninguno en donde no haya una familia caritativa que recoja por la noche los mendigos. Cuando los individuos de la guardia civil salen á los pueblos por las fiestas á vigilar y conservar el orden, se les hace sentar á la mesa entre los convidados con sumo gusto y satisfaccion.

A la tropa se le presta alojamiento con bastante agrado en general. Los soldados son buscados para asistentes, y

las muchachas para el servicio hasta de Madrid por su comportamiento bueno, y su probada fidelidad. Conque, ¿cual será el cuadro verdadero, el mio, que por mi profesion tengo que tratar con todas las familias, ó el de Vd. que apenas conocerá algunas cuantas? Es cierto que hay algunos vicios en la gente baja, como la embriaguez y tambien algo de juego. Pero de esto; ¿donde no hay ahora? ¿No es sustituido el monte, cuando es perseguido rigurosamente, por el tresillo, y este por el *mus ilustrado*, forma de juego desconocida hasta ahora, y se juega á tanto gordo hasta un punto escandaloso? Puedo asegurar, y lo hago por mencion honorífica, que ningun amo de casas principales de esta cendea es lo que se llama verdaderamente jugador. Todo lo ha trabucado, revuelto y embrollado Vd. miserablemente haciendo de la escepcion regla, y de la regla escepcion. En Pamplona hay mucha caridad: ejemplo de ello el contento y satisfaccion que han manifestado por la cuantiosa limosna que han recogido los misioneros africanos; pero tambien la hay, aunque mas oculta, en la aldea; y á proporcion de la riqueza; en la gente de esta Cuenca, en el fondo de esta concha hay perlas preciosas de bastante valor; si Vd. no es un buzo tan hábil como los árabes para sumergirse, encontrarlas, abrirlas y sacarlas, no será nuestra la culpa. Quien dice de la caridad, reina de las virtudes, dice de las demás; y no podia menos de ser así, siendo como es aldeana, la mayor parte de la ciudad. «¿Que hay en el gran número de las poblaciones de Navarra, escepto las populosas? pregunta Vd. «Hay escasez, hambre y miseria.» ¿Y de donde nos han venido, preguntaré á Vd. á mi vez, en los años de carestía ese enjambre de men-

digossino de las poblaciones populosas de la ribera? Se conoce que no ha oído Vd. tantas *Ave Marias purisimas*, ni cortado tantos pedazos de pan para ellos como la mano que escribe estas líneas. Y si en la Cuenca de Pamplona, hablo por lo que nos toca su asercion, hay escasez, hambre y miseria; ¿por qué se queja Vd. de falta de caridad? El que no tiene ¿qué ha de dar? conversacion ó aire con el fuelle? Y á propósito de aire; ¿ha oído Vd. que ningún gaitero navarro haya ido á soplar la dulzaina á Galicia para ganar la subsistencia? El aldeano navarro pasa como puede con resignacion cristiana, trabajando desde la mañana hasta la noche, por lo menos los de esta Cuenca, para procurar un pedazo de pan á su familia; su vestido guarda relacion y consonancia con su alimento; es modesto en el vestir, y frugal en el comer. Así está seguro de que no le toca á el aquella cancioncita que se les oye por las calles alguna vez á las niñas de Pamplona; ~~nos lo oye~~ ~~escrito en~~ Tantos enaguas blancas, tanta farola, ~~escrito en~~ ~~la el no~~ Y el puchero en el fuego con agua sola. ~~en~~ Si en las poblaciones pequeñas de Navarra hay tanta escasez, hambre y miseria; ¿cómo es que los quintos navarros se presentan tan guapos chicos, tan rollizos, tan alegres y tan majos, y esos pobres gallegos y castellanos vienen en su mayor parte tan enclenques, macilentos, melancólicos y desastrados? ¿Cómo es que en esa Francia tan ponderada por Vd., tan abundante en coles, espina-gas, achicorias, zanahorias, rabanizas y nabos, dijeron los mismos periódicos franceses, y lo leí en la *Presse* con mis propios ojos hará unos cuantos años, que, según informe facultativo exigido por el Gobierno, la cansa de la

endeblez y falta de talla de los conscriptos era la cansa ó insuficiencia de la alimentacion? ¿Habrá sucedido en Navarra una cosa semejante? No; no; Sr. Don Florencio; no es el estado de Navarra, bajo muchos puntos de vista, tan malo como Vd. supone. Pocos años há que un sacerdote navarro, hijo de Pamplona, escribia; (lo sé por buen conducto,) desde Madrid á nuestro bondadosísimo y virtuosísimo prelado las siguientes palabras, «los demás Obispos son hortelanos, pero su Escelencia es jardinero.» Espresion verdadera á la par que pintoresca, que representa el estado de la moralidad en que, á Dios gracias, se encuentra todavia la diócesis de Pamplona con respecto á las demas diócesis de la nacion. Y siendo la Cuenca ó cogollo de Pamplona, así decimos alguna vez, como el centro eclesiástico de la diócesis; ¿Cómo es que el Señor Obispo ha llegado á tan gran longevidad entre nosotros? ¿Cómo no le hemos quitado la vida á pesadumbres? Basta; no quiero seguir adelante; estoy lleno de indignacion y de un sentimiento inesplicable. Si Vd. contesta á este escrito, lo cual no lo estrañaré, pues según veo, su pluma es una gotera tenaz, no contestaré á Vd. probablemente por dos razones: la primera, porque me repugna la sátira; esta es la primera vez que la empleo: pero para contestar á escritos, como el trozó altamente injurioso relativo á los aldeanos, no hay sátiras bastantes en el mundo. Así me creerán lo que digo, como creemos á Vd. que le es sensible el señalamiento de defectos; sin embargo, así es. Segunda: porque me han asegurado que no tiene Vd. por ahora otro que hacer que escribir; y no seria estraño hallándose cesante; yo tengo



otro que hacer; pues me hallo todavía en servicio activo, que es, visitar mis enfermos. Hace tres días que tuve que dejar la pluma; coger la lacenta; montar á caballo; ausentarme á distancia de una legua, y enseñarle por la noche las narices al aire helador que ha inaugurado este invierno; por consiguiente no puedo disponer como Vd. á todo gusto del tiempo para poder escribir. Además, me sería repugnante continuar una polémica en hojas sueltas á manera de seguidillas. Si yo no lo hago, puede ser lo haga otra pluma mejor cortada que la mía. Concluiré aprovechando esta ocasión para insertar aquí una pequeña composición poética escrita hace ya algunos años, vista por primera vez la representación del *Solitario del monte salvaje*, y dedicada á un aldeano hijo de esta malhadada Cuenca. Tiene alguna relación con el escrito actual, que es vindicar nuestro honor contra cualquiera que se atreva á ultrajarlo, y es, además, un elogio de nuestra rica y afortunada Navarra. Considérese el final de la composición como final de esta defensa. Héla aquí.

Á DON HILARION ESLAVA.

Obsequio poético.

Númen que un día en sueño de reposo
Dormido te dejé, despierta ahora:
Despierta, sí, al canto melodioso
Del músico-español que encantadora
Lira pulsó; saluda respetuoso
Al ingenio inventor que el vasco adora:
Saluda en franco y natural lenguaje,
No la lengua, el corazón rinde homenaje.

Salud, modesto Eslava, te saludo
Con entera efusión del alma mía.
¿Quién es posible permanezca mudo
A tu mágico acento que éstasia
Y arroba el corazón? no, jamás pudo,
Al oír el raudal de la armonía,
Ser mi pecho insensible, pues mi fibra
Simpática resuena, si otra vibra.

¡Altos juicios de Dios! cuando sondeo
Lo que al hombre prepara tu destino
Do quiera tu poder brillando veo.
Tu elevaste de un modo peregrino
A Saul, á David, á Mardoqueo.
¿Quién de tus pasos conoció el camino?
Buscaste á Sisto quinto en la piara
Y pusiste en su sien sacra tiara.

Loor á tí Señor: tu recta mente
Que del hombre el valor exacto estima
Al humilde entresaca sabiamente,
Lo agracia, lo protege y lo sublima;
Hieres del orgulloso la alta frente
Rodando su cabeza en negra sima:
Cantando un niño pace hoy sus bueyes,
Y hecho ya hombre le oirán los reyes.

Tal fué tu misión, noble paisano,
Gloria y blason de la Navarra hermosa
¡Cuántas veces del Arga en el lozano
Borde escuchaste la dulce y amorosa



Voz del ruiseñor! ¡Cuantas tu mano
Prenderle habrá querido en insidiosa
Emboscada! mas, ¡ah! responde Eslava;
¿Qué es el talento si le pones traba?

Viva la gloria, Eslava, viva, viva,
Viva la patria que nacer nos viera;
Viva Navarra, la jovial, festiva,
La que el cielo bendice por do quiera.
Viva tu génio, Eslava, y mas escriba,
Aun mas pues de tí Navarra espera;
Y al que diga es la bota nuestra lira,
El Solitario le dirá, mentira.

Astrain 6 de Noviembre de 1838.